# PASTORAL

SOBRE

# LA REPARACIÓN DE LA CATEDRAL.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

*Al clero y fieles de la arquidiócesis,*
*salud y paz en el Señor.*

DESDE los primeros días de nuestro episcopado nada hemos deseado tanto como la restauración y embellecimiento de nuestra Catedral de modo que fuera digna de su objeto é importancia. Nos causa pena el observar su aspecto exterior, que más parece un montón de ruinas que la casa del Señor y el templo metropolitano de la República. El tiempo ha venido imprimiendo sus huellas en los muros de piedra hasta el punto que su cornisamento, roto en muchas partes, llegó á ser una amenaza para los transeúntes, sobre lo que hubo de llamar nuestra atención la autoridad local. Sería ciertamente deplorable el que por incuria nuestra dejásemos que los deterioros continuaran hasta hacerse de imposible reparación; deterioros á que están especialmente expuestos los grandes edificios que han soportado durante muchos años el lento menoscabo del tiempo, en un país sujeto, como el nuestro, á frecuentes sacudimientos de tierra.

Basta dar una mirada á este antiguo edificio para convencerse de que es indispensable el restaurarlo, y no se ne-



cesita hacer esfuerzos de elocuencia para comprender cuánta es la importancia y necesidad de esta obra. Este histórico templo, uno de los pocos monumentos que van quedando en el país como recuerdo de nuestros antepasados, no ha recibido en el transcurso de más de un siglo otras reparaciones en su exterior que las indispensables para su conservación.

Pero nuestro empeño no debe sólo limitarse á reparar los daños ocasionados por el tiempo: debemos procurar además que nuestra Catedral, por su magnificencia interior y exterior, sea digna morada del Altísimo. Y, si esta consideración es aplicable á todos los templos, lo es de una manera especial al que por su importancia es el primero de la República; el templo oficial de la autoridad diocesana y en el que el Gobierno de la Nación practica los actos públicos del culto á la Divinidad que convienen á su condición de gobierno católico. Bajo sus sagradas bóvedas se proclamó la independencia y ante sus altares se han postrado reverentes nuestros más ilustres próceres. Á él concurren anualmente los altos magistrados de la República, acompañados de los representantes de todas las naciones amigas, para dar gracias al cielo por los beneficios recibidos; sus muros han resonado en todo tiempo con el himno de la gratitud después de nuestras victorias, y con los clamores de la aflicción en las horas de la prueba; en él se ha rendido póstumo homenaje á los grandes servidores de la patria y de la Iglesia y se guardan con religiosa veneración las cenizas de los ilustres obispos de esta antigua Sede y de muchos próceres de la nación chilena. Sí, es evidente: este lugar es el más santo y venerable de nuestra capital, desde cualquier aspecto que se le considere, y al atravesar sus umbrales nos sentimos justamente impresionados pisando el suelo santificado por nuestros padres y regado con las lágrimas de tantas generaciones. Nuestros labios repiten en-

tonces: *hæc est domus Dei et porta cœli,* ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo[1].

Por estos motivos los gobiernos de la República se han manifestado generosos siempre que ha sido preciso hacer en nuestra Catedral trabajos de embellecimiento interior; y en estos últimos tiempos se destinaron fondos bastantes para mejorar su pavimento. Pero, hasta el presente nada se ha podido hacer, por gravísimas dificultades, para mejorar el aspecto exterior de la Catedral, á pesar de haber sido éste un deseo generalmente sentido. Esta obra es ahora más necesaria por haber quedado la Iglesia aislada entre dos grandes plazas, haciendo así más ostensible el mal aspecto que presenta por defuera.

Pobre idea podría formarse de nuestra religiosidad y cultura el extranjero que nos visita, al observar el contraste que existe entre el primero de nuestros templos y los suntuosos edificios públicos y particulares que embellecen esta opulenta capital.

Por otra parte, poderosas razones han obligado á demoler la torre, por no tener, á juicio de los peritos oficiales que la han examinado, solidez bastante en su base.

Es, pues, urgente construir otro campanario, parte indispensable de los templos católicos donde resuena la voz de la Iglesia errante y peregrina en este destierro, voz de vida ó voz de muerte, de victoria ó de desgracia, pero siempre voz del cielo que desde elevado palacio, anuncia los movimientos del tiempo en su veloz marcha hacia la eternidad.

Existen en nuestro archivo cartas dirigidas en el siglo pasado al rey de España por nuestro venerado predecesor el Ilmo. Señor Alday, en que habla de *las torres de la Catedral,* y todo parece indicar que en el plano primitivo,

[1] Gen. 28, 17.



hoy perdido, eran dos las que se proyectaban para el frontis del templo. Es de suponer, por lo tanto, que los respectivos cimientos consulten la solidez necesaria para sostenerlas. Sin embargo, en las torres que se van á construir se tomarán todas las precauciones necesarias para minorar el peso de la fábrica. Adornado el exterior, se consultará como en todo el resto el estilo toscano ó romano, que es el dominante.

Además, se podrá levantar en el fondo una hermosa cúpula y dar mejor forma á los techos y á las ventanas de las tres naves. Estos trabajos, realizados con todo el esmero posible, cambiarán por completo el triste aspecto de la iglesia, y en tres años quedarán terminados, si, como lo esperamos, se reúnen los fondos necesarios.

El Perú, á pesar de su actual situación y de la penuria del erario, ha logrado restaurar en poco tiempo la catedral de Lima, que amenazaba ruina, proporcionando fondos bastantes el gobierno, y ya anuncian los diarios cercano el día en que se inaugurará solemnemente el gran templo en que reposan las cenizas del inmortal arzobispo Santo Toribio Mogrovejo.

La República Argentina, por su parte, construye en Luján una basílica, que llena de admiración al viajero, consagrada á la Santa Madre de Dios, y cuyo valor será de millones de pesos. Otra catedral por el mismo estilo y de rica arquitectura se levanta en la nueva ciudad de la Plata.

Cuando el primer arzobispo de Nueva York, monseñor Hughes, pensó en fabricar su catedral en la mitad de este siglo, reunió á su clero y pueblo católico y les dijo: «Somos tantos en número y no tenemos donde dar culto al Señor; soy vuestro pastor y carezco de templo donde colocar el altar y levantar la cátedra de la verdad. Manos á la obra y cada cual contribuya con su óbolo para la casa del Señor. Con un peso anual que erogue cada uno,

la obra estará hecha.» Hoy día Nueva York se siente orgullosa de poseer una basílica de mármol, sólo comparable con las que levantó la edad media en la vieja Europa. No existe en aquella metrópoli edificio alguno religioso que la iguale en magnificencia.

¿Por qué no podríamos nosotros hacer algo parecido? Se trata de la casa de Dios, y es deber de todos los hijos cooperar á su embellecimiento. El Supremo Gobierno ha dado ya el ejemplo, como lo esperábamos, para empezar, habiendo decretado la Legislatura cincuenta mil pesos en el presente año. Pero necesitamos otro tanto más desde luego. Por nuestra parte destinaremos cuantos recursos nos sea posible reunir, y ojalá pudiéramos disponer de algo de las sumas que se suponen á nuestra disposición. Todo lo esperamos de la proverbial generosidad de nuestros amados diocesanos, y haríamos injuria á nuestro respetable clero si no contáramos con su entusiasta cooperación. El Venerable Cabildo metropolitano nos ha manifestado entre los primeros su decidida voluntad de mirar esta obra como propia y de no omitir sacrificio hasta verla terminada. Todos sus miembros están dispuestos á recibir las voluntarias erogaciones de los fieles, autorización que extendemos también á todos los párrocos del arzobispado.

Desearíamos terminar pronto la completa restauración de la Catedral y merecer el consuelo de consagrarla solemnemente. Este fué ardiente deseo de nuestro venerado predecesor, el Ilmo. Señor Valdivieso, que la muerte no le permitió realizar. Pedimos á Dios, aunque indignos, nos conceda la gracia de derramar el sacro crisma sobre los seculares muros de su templo y, acompañados del clero y del pueblo, cantar solemnemente el himno de la acción de gracias, terminados los trabajos en día no lejano.

No nos dejaréis solos en la empresa, amados cooperadores en el sagrado ministerio, y estaréis á nuestro lado ayudándonos con vuestras plegarias, almas escogidas del sagrado claustro, y vosotros todos, amados diocesanos. Esperamos que se despierte una santa y honrosa emulación entre todas las clases de la sociedad: las familias ricas darán con la noble generosidad que acostumbran, y los que son menos favorecidos por la fortuna, según la medida de sus recursos.



No desconozco las dificultades de los tiempos para obras de esta magnitud; pero yo oigo en el fondo de mi alma una respuesta que me asegura que Dios lo quiere. Quizás este gran acto de religión, que será más particularmente un acto de piedad nacional, podrá ser entre nosotros la señal providencial de una nueva era de paz y de prosperidad.

Deseamos ardientemente consagrar á esta obra todas las fuerzas de nuestros últimos años y bien querríamos poder repetir con el Profeta: «No daré sueño á mis ojos ni reposo á mi espíritu hasta que haya restaurado el templo del Señor.» [1]

Dado en Santiago de Chile á nueve de marzo de mil ochocientos noventa y ocho.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

---

[1] Ps. 131.